

XAVIER RUBERT DE VENTÓS

¿Solidarios o soldados?

El cofrecillo es siempre un cajón de las sorpresas, una guarida de nimiedades, un refugio de antiguallas ya olvidadas. Lo abrimos y al fondo nos aparecen muñecos, pajaritas, devocionarios, collares y abalorios. Pero al ir removiendo su contenido aparecen los objetos más pequeños –insignias, perlas falsas, algún caramelo que se ha depositado en el fondo–. Fue tras la muerte de mi abuelo, cuando yo anduve fisgoneando en un cofre así, que siempre había mirado con curiosidad, situado en la esquina más oscura de su cómoda.

Al principio aparecieron medallas y cajitas con gemelos desaparecidos; luego, más al fondo, agujas de corbata, tarjetas de visita y una foto del abuelo con sus cuatro hermanos en el Broadway neoyorquino. Era una foto relativamente grande que parecía coincidir en su extensión con el fondo del cofrecillo y del que era difícil extraerla. Me costó, pero al fin lo conseguí. Debajo de ella, en el fondo del fondo, escondida debajo de la foto, vi entonces que quedaba todavía una condecoración de buen tamaño, redonda y con la bandera española en toda su extensión. En su perímetro, y con letras mayúsculas se leía:

“MEDALLA A LOS VOLUNTARIOS FORZOSOS DE FILIPINAS” (y en el dorso, en letra más pequeña y medio borrada, “Ceilán, 189...”).

Mi perplejidad por eso de “voluntarios forzosos” y por lo de “Ceilán” me conduce hoy a una reflexión política. Pero empecemos por el asombro. Cierta que mi abuelo me había hablado ya de Ceilán como el lugar más bello del mundo, pero en aquellos años la isla pertenecía ya al imperio británico. ¿Por qué le concedieron allí la medalla? Su entusiasmo, casi turístico, por las palmeras y los arrecifes no lo justificaba, ciertamente. ¿O era quizás al revés: no sería la condecoración misma la que le había comunicado el encanto por el país donde se la dieron? No sé, no acabé de entenderlo. Pero sí he recordado ahora que tanto el nombre que le dieron los griegos a la isla –*Tapobana*: lugar de los regalos exóticos–, como su nombre indígena original –*Serendip*: lugar donde uno encuentra lo que no ha ido a buscar–, ambos se refieren a la chiripa por la que ocurrían allí las cosas. Cumpliendo con su etimología, mi abuelo habría recibido allí la medalla por chiripa, por *serendipity*. Como es sabido, desde Horacio Walpole los ingleses han extendido el uso del término *serendipity* a todo encuentro o descubrimiento que se produce sin buscarlo: Arquímedes en la bañera, Fleming con un cultivo enmohecido que resultó ser el *penicillium notatum*, un obrero que descubrió la toalla a partir de una tela echada a perder.

Como fue también sin pensarlo –por pura *serendipity* asociativa– que me volvió a la memoria esta historia al leer, hace unos meses, la siguiente declaración de un ministro del PP, tan paradójica como el lema de mi medalla.

Ese mal llamado déficit fiscal de que tanto se habla en Catalunya –afirmaba el ministro– no es sino la expresión de la solidaridad de esta región con el resto de España.



JAVIER AGUILAR

ESPERO QUE SEAMOS

lo bastante libres como para poder llegar a ser solidarios y no seguir ya recibiendo medallas de solidarios forzosos

Pero ¿cómo se puede ser solidario si así está ya mandado y legislado? ¿Cómo puede uno llegar a ser solidario si otros lo deciden por uno? Para ser voluntario mi abuelo no podía ser forzado, como para ser solidaria nuestra región no puede estar literalmente soldada. No se trata pues de que la frase del ministro sea de hecho verdadera o falsa: es simplemente una contradicción en los términos, una paradoja que ya Hegel elaboró en su *Fenomenología del espíritu*: “Igual que para pelearse hay que empezar abrazándose –decía–, para abrazarse hay que

empezar por ser dos”. En efecto, ¿cómo se puede pedir solidaridad a un pueblo que no tiene autonomía fiscal ni puede elaborar sus presupuestos sino una vez le han ya solidarizado? (¿y al que dan aún largas cuando propone una fórmula tan sencilla y generalizable como pagar por renta y cobrar por población?).

Personalmente, yo deseo que el nuevo Gobierno catalán sea todo lo solidario que se pueda con Cuenca o con Almería, y que si ahora le dedica un 8% de su PIB, llegue, si hace el caso, al doble. Lo que considero un sarcasmo es que un presidente del PP y otro anterior coincidieran literalmente en “el reconocimiento paladino de que Catalunya ha hecho todo este tiempo un gran esfuerzo de generosidad hacia España”. ¿Cómo podían loar la generosidad de quien ha sido desposeído de forma no voluntaria, ni equitativa, ni transparente? Tan poco transparente, en efecto, que ni los propios beneficiarios reparaban de ello, de forma que los presidentes españoles de turno trataban de justificar las concesiones hechas a Catalunya recordándoles que, de todas formas, estos catalanes habían sido muy generosos en su solidaria aportación a España. ¿Generosidad? ¿Solidaridad? ¿Aportación? Más exacto hubiera sido hablar del peaje (éste, no de autopista) que han tenido que pagar los habitantes de Catalunya para poder ser españoles; una aportación que representa más del doble porcentual de lo que paga un habitante de Baden-Württemberg por ser alemán. Ésta es la cantidad que tanto Antoni Castells como E. Martínez García

y el European Policies Research Group calcularon que aporta Catalunya por encima de lo que le tocaría con criterios europeos: un déficit fiscal desproporcionado que puede resultar tan contraproducente en Catalunya como aditivo para las regiones más afines a la cultura de la subvención. Y no digamos si en lugar de estar adscrita a España, Catalunya lo estuviera a Francia o al Reino Unido. Allí, las áreas europeas de similar nivel de renta (como Midi-Pyrénées o Escocia) reciben del Estado una aportación neta de un 5% del PIB, mientras que nosotros pagamos el 8% –una diferencia, pues, del 13%–.

Pero lo dicho: yo prefiero pagar más si es necesario pero, eso sí, no estar pegado. Es lo que espero se vaya produciendo ahora que A. Castells es conseller de la Generalitat y que vamos a elaborar un nuevo Estatut: que seamos lo bastante libres para poder llegar a ser solidarios y no seguir ya recibiendo medallas de solidarios forzosos por lo mismo que mi abuelo recibió la de voluntario forzoso: él por ser soldado de España, nosotros por estar soldados a ella.●

BALTASAR PORCEL

Sin parar y en el paro

No debe de ser casual que la antología poética *Imparables* (Proa) se deba a dos críticos, Sam Abrams y Francesco Ardolino, que son extranjeros y con un deje de iluminados. Quiero decir que, como en aquel verso de Carles Riba, parecen hallarse “a l’espera d’un déu”. Como sus antologados, estos auto-nominados poetas y en parte novelistas imparables, o mejor, que irrumpen ofreciéndose al público consumo, al tira y afloja de la crítica, con una dosis de iluminismo. El cual a ratos tiene visos de pueril, pero es nerviosamente profundo, no nos engañemos: este grupo hace algo importante y es colgarse con orgullo de la ambición literaria. Y, en los casos que conozco, resuelven la cuestión: Sebastià Alzamora es impetuoso y áspero; Hèctor Bofill, filosófico y ansioso; Manuel Forcano, narrativo y orgiástico. Precisamente, acabo de leer el último libro de éste, *El tren de Bagdad* (Proa), un lúcido canto de tremenda desnudez ante el deseo, léase su poema *Mem-bij*. La antología, la desconozco, y apenas puedo hablar del resto de escogidos –Adell, Calvo, Escrivà, Martínez Marzo, Martínez Inglés, Rafart–, pero sí de uno que Abrams y Ardolino quisieran haber incluido: Pere Antoni Pons, rotundo e in-crepante.

La literatura catalana es creativamente muy variada y, por suerte, sometida a autotensiones. Hubo en lo reciente una generación de los 70-80, poetas, novelistas, que acabó dispersa en sus intereses y con mucho autor remansado en lo convencional, y otra de los 80-90 que se decantó por las historietas epidérmicas e ingeniosas que ligaron con el esplendor de la coñita audiovisual. Aunque en ambos casos con individualidades de valor, no se trata de afeitarse a nadie. Pero comúnmente parecía que la literatura les cohibía, o la vida en su revuelta interior o el estilo como ariete, con lo que esta apuesta por la calidad de los imparables suena a redoble de tambores. Y más con su variedad, que sustituye a la escuela: son un grupo porque quieren serlo, no por mimetismos. Y han firmado su manifiesto, romántico e insolente. En castellano, también se alzan voces que reclaman más literatura, más Juan Benet (no sé...), ante tanta virtud mediocre como cunde.

Sin embargo, el público culto y extenso llega poco a nuestros libros. Su última manifestación: los librerías de Catalunya han otorgado durante cinco años un premio, pero nunca a un autor que escriba en catalán y esto en años de excelentes novelas. “Es que en catalán un libro se vende menos”, me dice uno de sus virtuales jurados. O sea, que hay imparables y hay paro.●

EULÀLIA SOLÉ

Empresas con guardería

El próximo curso, los trabajadores de Mercabarna y del polígono industrial de la Zona Franca de Barcelona con hijos pequeños podrán llevarlos a una guardería ubicada en esta superficie. También los del área del puerto contarán con un servicio semejante, y más tarde, en diciembre, la oferta se extenderá a los empleados del hospital General de Catalunya. De esta guisa, padres y madres podrán “conciliar la vida laboral y familiar”, según proclama la sociedad gestora. El parvulario está pensado para menores de tres años, edad en que se inicia la enseñanza obligatoria, si bien hará las veces de *casal* para escolares en período de vacaciones. No será gratis, puesto que habrá que abonar 240 euros mensuales, mas no olvidemos que se trata de progenito-

res que trabajan, casi un lujo en los tiempos que corren.

Quizás recordemos las guarderías clásicas, en las colonias textiles o en el barrio Seat de Barcelona, donde la asistencia era gratuita, pero conviene tener en cuenta que tanto las circunstancias como los conceptos han cambiado.

Por un lado, los asalariados de la empresa solían serlo a lo largo de su vida laboral. Ellos y sus hijos venían a formar parte de la comunidad, eran los parientes pobres, a menudo muy explotados, pero con lazos perdurables, algo inexistente en la actualidad. Y por otro, ahora los sindicatos huyen más fino. Mientras que antes no se mentaban los derechos del niño, ahora sí. Chirría en consecuencia la concepción de que “así los padres podrán trabajar tranquilos y tener cerca a sus hijos”. Chirría porque los niños se convierten en un factor productivo

más. Las compañías del siglo pasado se dotaban sin ambages de guarderías, como un salario social, porque así se ahorraban las horas de absentismo de las madres al tiempo que obtenían mayor rendimiento ante las máquinas que fabricaban en cadena. Los niños eran lo que menos importaba.

Por el contrario, ahora se piensa en ellos y se considera que no han de estar cerca del trabajo de sus padres, sino que han de acudir a guarderías ubicadas en su barrio, jugar a la salida en los jardines de su entorno y con los niños de la vecindad. Hasta aquí el ideal; la realidad, sin embargo, es muy otra.

Para que lo anterior fuera posible, las guarderías públicas deberían multiplicarse a fin de que todos los padres que lo desearan pudieran hacer uso de ellas. Sus horarios tendrían que adecuarse a las

necesidades de la familia funcionando desde las 6 de la mañana a 19.30 de la tarde, y nunca deberían cerrar por vacaciones, dejando a los padres inermes y desesperados. Éste es el camino que se debe seguir para una política en favor de la familia y de la natalidad.

Mientras esto no ocurra, no tendría sentido criticar la iniciativa de algunas empresas para asegurarse, mediante guarderías de pago en su propio terreno, una mayor eficacia de los empleados. Solamente esperan menos absentismo, menos excedencias, menos jornadas reducidas, a fin de cuentas, menos distorsión en sus objetivos.

En cuanto al sector público, sabe que tanto la sanidad como la educación y el derecho a trabajar y tener hijos son prioridades. Constituyen la piedra de toque por la que se reconoce la labor de un buen gobierno.●



GRUPO GODÓ

Presidente

JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ

Consejero Delegado: Antoni Cambredó

Director General de Negocios: Carlos Godó Valls

Director General Corporativo: Carlos Gutiérrez

Director Financiero: Jaume Gurt

Director de Comunicación: Màrius Carol

LA VANGUARDIA

Presidente-Editor:

JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ

Directora General: Cristina Coll

Director General Adjunto: Joan Angulo

Director de Marketing: Martí Torres

Directora de Suscripciones: Cristina Plana

Director de Sistemas: Antoni Rendé

Dtor. Adjunto de Sistemas: Francesc Teixidó

Director de Operaciones: Enric Peradajordi

Director de Compras: Jaume Vilarrasa

Controller: David Carrión